

## 'Perder un tornillo' y otros modismos

Ricart García Moya

¿Perdemos un tornillo si, en tiempo de coronavirus, dedicamos unas líneas a este tema? Quizá, pero todos, en más de una ocasión, nos ha despertado la curiosidad sobre el origen de algún modismo, frase hecha o locución. Así, los populares 'perder un tornillo', 'te falta un tornillo', 'se te ha caído un tornillo', "perdérsele a uno un tornillo", "aflojársele a uno un tornillo" o "tener un tornillo flojo" todavía ofrecen dudas sobre la procedencia. Con más voluntad que documentación, en Internet se repiten explicaciones ambiguas:

«Algunos historiadores se atreven a afirmar que esta expresión se mencionó por primera vez al iniciarse la revolución industrial del siglo XVIII. En esta época, las máquinas comenzaban a formar parte de la vida y muchas de las personas que las utilizaban desconocían su funcionamiento. Es por este motivo que asumían que la falta de una pequeña pieza (tornillo) podía causar el mal funcionamiento» (Prototipo de texto en Internet sobre 'perder un tornillo')

Todo indica que los seguidores de esta teoría han bebido del lúcido ensayo de la profesora de la Universidad de Alcalá Susana Gala Pellicer. El estudio finalizaba con esta conclusión:

«Se puede concluir, por tanto, que las expresiones que hoy usamos con tanta frecuencia referidas a tuercas y tornillos tienen su origen en la época de la Ilustración, momento en el que la nueva realidad necesitó de imágenes metafóricas que ayudaran a representar los complejos cambios de pensamiento. Cañizares, Mary Shelley, Goya y la industria cinematográfica posterior aportaron, cada cual a su manera, una nueva forma a la expresión a la vez los escritores posteriores las incluyeron en sus obras como parte indiscutible de una simbología popular y contribuyeron a su rapidísima difusión.»<sup>1</sup>

Los apoyos documentales de Gala se sustentan en dos obras literarias distantes en tema y tiempo: *El Dómine Lucas*, del madrileño Joseph de Cañizares, y la novela *Frankenstein* de la inglesa Mary Shelley, que aborda la creación de vida artificial con sus connotaciones morales y filosóficas. La comedia de Cañizares (¿c.1740?) gustó en la corte de los Borbones y se editó en ciudades como Madrid, Valencia y Sevilla, de ahí que la popularidad de los Chinchillas, personajes humorísticos de la obra, inspirará el aguafuerte homónimo de Goya. El ejemplar de la Biblioteca Nacional, fechado hacia 1798, ofrece este comentario:

"Los necios preciados de nobles siempre están con su executoria al pecho, reclinados desidiosamente, rezando como unos fanáticos el rosario y bostezando. La ignorancia los alimenta groseramente y tiene su entendimiento cerrado a candado".

El dibujo goyesco consistía en la metáfora visual de unos candados que condenaban la sordera intelectual de los Chinchillas, indiferentes a lo que no fuera mantener privilegios aristocráticos y pregonar un pasado heroico inexistente. El mamífero *chinchilla* apenas era conocido en España hacia el 1600, por lo que todo indica que Cañizares tomó el nombre del "lacayo Chinchilla" de la comedia 'Quien calla, otorga' (Valencia, 1631) de Tirso de Molina. La expresividad gráfica de Goya, aplicada a ridiculizar a los Chinchillas, tenía su equivalente literario en *Els chics educats en la casa*, obra en valenciano que confirmaba el arraigo del paródico linaje. En 1818 se editó en Valencia *El dómine Lucas* <sup>2</sup>, que quizá fuera origen del comentario burlesco en boca de un golfillo,

1 Gala Pellicer, Susana: 'Perder un tornillo', una imagen simbólica en el contexto de la Ilustración, 2009.

2 Cañizares: El Dómine Lucas, Valencia, Imprenta de Idefonso Mompié, 1818.

asilado en la Beneficencia de Valencia:

“el llit nostre... peus de ferro, posts pintades de vert... privant pera sempre als condes de Chinchilla”  
(El chics educats en la casa, 1846, p.32)

El autor hace un complejo guiño semántico al lector con el paródico Conde de Chinchilla, el topónimo mozárabe valenciano Chinchilla: “a la volta de Oropesa fins al barranc de Chinchilla” (Ord. costa del R. de Val. any 1673, p. 34), y un inexistente femenino de chinche, parásito asociado a la miseria. La voz se empleaba en tono despectivo: “no mos falta así un Chinchilla” (La nit que venen els musics, Alcoy, 1855, p. 15); mas en los textos valencianos no se les cae un tornillo a los Chinchillas. Tampoco, como advierte la profesora Gala Pellicer, los hallamos en el grabado de Goya o en la comedia de Cañizares.

Respecto al relato de Mary Shelley, publicado en 1818, habría que enmarcarlo en su época, cuando otro ser fantástico, el Golem judío, sale de la literatura rabínica y entra en la europea no semítica. La joven novelista inglesa, casi adolescente con 19 años, poseía una amplia cultura gracias a la biblioteca y ambiente familiar de sus padres filósofos; pero, que sepamos, ni el Frankenstein primigenio ni el Golem articularon sus cuerpos con tornillos u otros elementos metálicos; y tampoco son visibles en la primera adaptación cinematográfica en el rudimentario kinoscopio, en 1910. El cortometraje apenas duraba 15 minutos, y el director J. Searle Dawley creó un Frankenstein con aspecto de leproso salido de una tabla de Bruegel el Viejo. Tampoco tenía tornillos y, en consecuencia, el modismo "perder un tornillo" discurría paralelamente por el mundo literario sin relación con el monstruo de Shelley. Esta circunstancia la refleja Gala Pellicer en su ensayo:



El Frankenstein del año 1910 inspiraba lástima. La tornillería y demás aditamentos tétricos de los años 30 le darían la imagen definitiva.

Para completar este cuadro, y siempre con la finalidad de añadir si cabe más elementos turbadores, se incluyeron por primera vez los tornillos en la versión de 1931 dirigida por James Whale con Boris Karloff en el papel del monstruo. Desde entonces los tornillos (originalmente colocados en el cuello y no en las sienes como suelen verse hoy) se convirtieron en el signo identificador del personaje. (ib. p.10)

La profesora hace hincapié en la similitud entre Los Chinchillas de Goya y la cabeza maquillada de Boris Karloff en 1931; pero el trío de Goya, Cañizares y Mary Shelley no ayudaron explícitamente a la creación del modismo en cuestión que, a fines del siglo XIX, ya era consustancial al español moderno. Así, Gala lo recoge en unas líneas de Leopoldo Alas del año 1887, correspondiente a la desternillante conversación de Apolo con el propio Clarín:

Notó Hermes el gesto, porque guiñóme un ojo, y disimuladamente llevó a una sien un dedo, dando a entender que al dios Esminteo le faltaba un tornillo.<sup>3</sup>

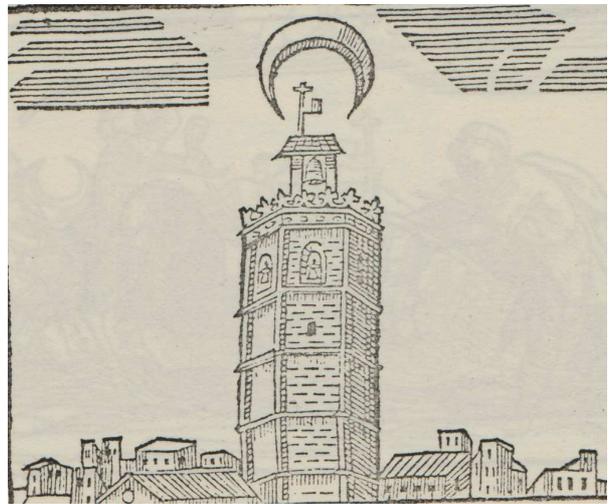
3 Leopoldo Alas, Clarín: Apolo en Pafos, Madrid, 1887, p. 14.

A finales del 1800 abundan los autores que recurren a locuciones semejantes para indicar desequilibrio mental: "¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!" (Coloma, Luis: Pequeñeces, 1891, p.354); "sin sentir que se le aflojaba un tornillo del cerebro" (Pérez Galdós: La incógnita, 1889, p.73), etc. Bien es cierto que nos queda por explorar el amplísimo mundo de los autómatas ('El Turco' que jugaba al ajedrez, el niño que escribía cartas...), pero no parece que peligrara la mente humana si se perdía un tornillo de estos mecanismo, por lo que dejamos en barbecho este apasionante campo.

### "A la luna de Valencia", "perder un tornillo", ¡vete al cuerno!...

Y es que, tras escuchar locuciones o expresiones proverbiales, ¿quién no ha tratado de deducir qué circunstancias las motivaron? Así, en el caso del popular 'A la luna de Valencia' nos remontaríamos hacia el 1414, cuando la ciudad construye el primer manicomio de Europa, algo insólito y desconcertante para los extranjeros que lo visitaban. A la vuelta a sus naciones contaban que, en Valencia, vivían tantos lunáticos que habían construido hasta una 'Casa de locos'; y, por lo visto, la causa estaba en los malignos efluvios de la luna, algo que afectaba a los que por la noche quedaban expuestos a nuestro satélite. La singularidad de la institución desapareció al construirse manicomios similares por toda Europa; pero la supuesta peligrosidad de quedar a la luna de Valencia, olvidado el origen de la misma, llegó como frase hecha hacia el 1600. El relato sobre los efectos de estar expuesto a la luna de Valencia lo escribía en 1517 el benedictino italiano Teófilo Folengo.<sup>4</sup>

Volviendo a los tornillos, éstos comenzaron a tener precisión en el siglo XIX, cuando la fabricación artesanal de los mismos fue sustituida por la mecánica. La normalización era indispensable para el perfecto funcionamiento de las máquinas. En 1841, el ingeniero inglés Joseph Whitworth creó la rosca que llevaría su apellido; pero, antes de la industrialización, cualquier pequeña imperfección del orificio roscado o diferencia con el surco helicoidal del tornillo podía ocasionar imprevistos desagradables. Gala Pellicer citaba el trabajo de Manuel Pedrosa sobre el 'yelmo de Mambrino', tema que enlazo con alfileres a las locuciones originadas en el pasado bélico del Imperio de España, que no tuvo día de tregua durante más de siete siglos. De ahí nació, por ejemplo, 'echar a uno con cajas destempladas', en alusión a cajas de guerra o tambores con sonido más sordo, usados para expulsar militares indignos; y de quien bajaba la capa en combate de espadachines salió 'de capa caída', con posterior cambio semántico. Otra locución que sería anacrónica sin el debido acomodamiento significativo es 'perder los estribos', frase que nos remonta a siglos pasados, cuando la caballería era fundamental para la milicia. Respecto al fantástico yelmo del rey moro Mambrino, que aparece en El Quijote (según



El Micalet, campanario más alto de la Corona de Aragón en la Edad Media, muestra la amenaza de una luna que ya no convertía en lunáticos a los que se exponían a sus efluvios. Esta creencia medieval, igual el raro toque que anunciaba el eclipse, eran sólo recuerdos en el 1640 en que se realizó el grabado. El satélite, en el Barroco, era asociado frecuentemente a la pesadilla de los piratas islámicos, depredadores de las zonas menos protegidas del Reino.

4 García Moya, R.: A la luna de Valencia, Las Provincias, 18/10/ 2010.

Ariosto, sería de Reinaldos), sabemos que era de oro, pero los auténticos de combate, piezas defensivas de la cabeza con barbote, celada, gola y visera, sí tenían tornillos:

Parece, en efecto, señor Rodríguez, cosa de hechicería; pero ¿quién puede haber jugado esa mala pasada al buen caballero? ¿No es probable que el tornillo que dicen faltaba en el encaje de la visera, haya caído casualmente, o se haya quebrado con el golpe que le dio con la lanza el Veedor Ronquillo? (José Millá y Vidaurre: La hija del adelantado, Guatemala, 1866, p.28)

El guatemalteco Millá y Vidaurre sitúa la narración histórica hacia el 1540 en la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, donde los combates de torneos y desafíos, similares a los de la renacentista España peninsular, formaban parte de la vida cotidiana. Perder un tornillo era cuestión vital, fuera de la armadura, de la visera del casco o, especialmente, de la sujeción al caballo de la silla, arzón, cincha o petral, elementos que proporcionaban estabilidad al caballero en la pugna. Los torneos festivos o galantes no buscaban herir al contrario; pero, involuntariamente, se producían heridos y hasta muertos.

Durante más de tres siglos, los españoles organizaron torneos galantes con lanzas, espadas y cañas; además de corros de toros y el insidioso estafermo. En este último, los caballeros, con la montura al galope, alanceaban al estafermo lo más rápido posible. El muñeco giraba sobre el eje 360 ° y, al más lento, le devolvía el golpe con las bolas de madera o bolsas con arena atadas al artilugio. Además del ridículo, el noble podía sufrir traumatismos por la caída. Estas competiciones ecuestres eran espectáculos donde la nobleza lucía sus más ostentosas y aparatosas galas; pero, ¿qué relación pueden tener con 'perder un tornillo'? Quizá algo.

En la última década del siglo XVI florecía una literaria Academia de los Nocturnos en Valencia. Fundada en 1591, los miembros eran destacados individuos de la sociedad, desde el cronista Gaspar Escolano al dramaturgo Guillén de Castro. El académico de mayor edad era el intrépido Rey de Artieda, prototipo de guerrero-poeta que, durante 40 años, anduvo de Flandes a las costas griegas peleando de una forma suicida. En Lepanto fue atravesado por tres flechas turcas y, en Alemania, cruzó el río Elba "espada en boca a vista del enemigo". La experiencia de Artieda con las armas, por su rango de "Capitán de los Tercios Españoles", también la tenía en torneos galantes. Muestra de ello es la extensa composición dedicada a Gaspar Mercader, académico de la Academia de los Nocturnos y Conde de Buñol, donde describe la faustosidad y fiereza del lance:

Hechas las cerimonias que se deven  
al mismo punto que oyen la trompetas,  
con tanta furia los caualllos mueven  
quanta en el ayre llevan las saetas:  
El pecho alargan, y la hijada enbeuen  
y con las lanças buscan las targetas,  
donde rompidas y hechas mil astillas

passaron ambos firmes en las sillas.<sup>5</sup>

Nada de lo expresado poéticamente era ficticio. Así, por ejemplo, el verso que menciona las lanzas "rompidas y hechas mil astillas", era un percance más frecuente y peligroso de lo que ahora podemos pensar. En el festivo torneo celebrado el 30 de junio de 1559, donde se enfrentaron Enrique II de Francia y el Conde de Montgomery (antepasado del que luchó contra Rommel), una astilla de la lanza partida hirió de muerte al monarca. Falleció a los 10 días.



Perder un tornillo o hacer astillas la lanza podía acarrear la muerte del caballero, como le sucedió a Enrique II de Francia en el torneo galante celebrado en junio de 1559.

En España se sucedían los torneos, estafermos y corros de toros por cualquier motivo: bodas reales, victorias de los Tercios, canonizaciones, etc. No es casualidad que Artieda dedicara esta poesía al Conde de Buñol Gaspar Mercader, pues él y sus descendientes eran asiduos participantes en estos juegos ecuestres: "cavalleros a correr el estafermo... el conde de Buñol" (Ortí, M. Antonio: Siglo Quarto de la Conquista, Valencia, 1640, p.131); y el hijo del noble, el joven Laudomio Mercader, toreaba reses bravas en la antigua plaza de Predicadores el 23 de octubre de 1614. En la poesía de Artieda y su selva de metáforas, perífrasis, epítetos pleonásticos, elipsis y demás recursos del soldado-poeta, recuerda: "Que el que una pieza del arnés que tenga / perdiera, quede herido, o descompuesto". El arnés, según el DRAE, podía aludir a:

- 1 Armadura o conjunto de piezas defensivas aseguradas con correas y hebillas.
- 2 Armazón provista de correas y hebillas que se ata al cuerpo y sirve para sujetar.
- 3 Guarniciones de las caballerías.
- 4 Arnés tranzado, compuesto de diversas piezas con sus junturas, para que el hombre armado con él pudiera hacer fácilmente todos los movimientos del cuerpo.

Cualquier elemento del arnés era fundamental para la defensa y mantenimiento del equilibrio del jinete que combatía en torneos galantes y, también, en batallas sangrientas. El tornillo era quizá la pieza más modesta de un arnés, pero si se perdía por defectuoso o no estar perfecta la sujeción, el combatiente podía perder el tornillo y, en ocasiones, la vida. Siguiendo la misma composición de Artieda, leemos:

Perdio Danes Vugel por un tornillo  
que si el padrino duerme, y no le aprieta,  
un golpe, que es verguença referillo  
echa a rodar, y buela una targeta.

Perdio Danes Vrgel por vn tornillo  
que si el padrino duerme, y no le aprieta,  
vn golpe, que es verguença referillo  
echa a rodar, y buela vna targeta:  
D... un golpe de marrillo

Es decir, el caballero Urgel perdió el torneo por un tornillo. El padrino del combate lo tenía que haber ajustado o apretado y, al no hacerlo, cayó a tierra. El golpe, al no existir sujeción, "echa a

5 Rey de Artieda: La Iusta de Paris... el Illustrissimo Conde de Buñol, 1605.

rodar" a Urgel y vuela su tarjeta que, en el 1500 consistía en un pequeño escudo que cubría el pecho y donde figuraba la divisa o heráldica del caballero. Perder un tornillo o "faltarle un tornillo... que haya caído casualmente", como escribía Millá y Vidaurre cuando aludía a un choque galante en 1540, podía ser cuestión de vida o muerte.

Pero, con el transcurrir del tiempo, ya en el siglo XIX, el caballero con armadura era un anacronismo adecuado para óperas wagnerianas o relatos románticos de novelistas como Walter Scott (Ivanhoe, 1820). Olvidados los desafíos galantes desde hacía siglos, los modismos sobre el tornillo, sin recuerdo a los apuros del caballero en combate, estaban arraigados con evolución semántica en los modernos castellano y valenciano:

“que li falten molts tornillos” (Colom: El benefisi de Mora, 1881, p. 29)

“algún tornillo tens, Rafel, desbaratat” (Del porrat de Sent Antoni, 1887, p. 16)

“deixat de romansos, que a tú te falta un tornillo” (Esc.: Mil duros y tartaneta, 1897, p. 11)

“li falta a ratos un tornillo, com a molts” (Gadea: Tipos, 1908, p. 394)

“a este home li falta un tornillo” (Martí, V.: El organiste de Sollana, 1915, p.5)

“y atres que al naixer s’olviden... d’apretarli un tornillo” (Sallés: Els castigaors, 1931, p.28)

“voré si li fa falta algún tornillo” (Carceller, Vicent: El fulano, 1935, p. 21)

La inevitable permeabilidad de una sociedad bilingüe en español y valenciano, con préstamos y filtraciones enriquecedoras para ambos idiomas, también propiciaría el intercambio de locuciones. Pongamos, por ejemplo, la expresión "¡Vete al cuerno!", que nos remontaría a siglos pasados y al interior de la Sierra Cucalón, en las cercanías del río Huerva en Aragón. En este paraje existía la Venta del Cuerno, lugar para hacer noche en el peligroso Camino Real del Reino de Valencia a Zaragoza. No conocemos el historial delictivo de los bandoleros en aquel terreno, o si en el interior de la posada sucedieron crímenes o hechos sobrenaturales que, probablemente, inspirarían la expresión que pasó al castellano: "*vesten a la Venta del Cuerno*" > "*vesten al cuerno*" > "*vete al cuerno*".

Especialmente al anochecer, ciertos lugares solitarios y casi en ruinas inspiraban relatos tétricos de aparecidos, bandoleros y crímenes. Algó indeseable debió suceder en La Venta del Cuerno o en sus cercanías en la solitaria Sierra Cucalón, algo que originó la conocida locución. Los relatos sobre ventas embrujadas o diabólicas eran frecuentes en la vieja España. Hasta el conde polaco Jan Potocki, en su novela ‘El manuscrito encontrado en Zaragoza’, iniciada en 1797, situaba en la Venta Quemada<sup>6</sup> de Sierra Morena una serie de hechos paranormales. No sabemos qué sucedió en la Sierra de Cucalón, aunque hay certeza que, hasta el siglo XX, los facinerosos acechaban al indefenso caminante. Si la banda de Alejo García, ‘Mediaoreja de Cucalón’ (al que el sable de un guardia civil le cortó la oreja en 1906), asaltaba viajeros en el 1900, ¿qué no sucedería en el 1600? La literatura de cordel en valenciano, recitada o cantada por ciegos en villas y ciudades, muestra el arraigo de una frase similar en el 1700. Así, el irritado *Bou dels carnisers* (emblemático toro gremial) decía al *Lleó d’Almenara*:

“¡Vesten a la Venta del Cuerno!” (Coloqui jocós entre el Bou dels carnisers y el Lleó de Almenara, any 1759)

En un manuscrito de la Bib. Nacional, del 1800, comprobamos la persistencia en valenciano:

6 Jan Potocki publicó la primera parte de ‘El manuscrito encontrado en Zaragoza’ entre los años 1804 y 1805 en San Petersburgo. La novela estaba ambientada en la España del 1715.

“y qui s'aplegue a enfadar / vacha (sic) a la Venta del Querno / y allí se li pasará” (Bib. Nac. Ms. 3905, Coloqui entre el Tio Pelut, Sardineta y Polsera, 1801)

El desgaste por el uso de la locución, más la simplificación de elementos incomprensibles (¿quién conocía la antigua Venta del Cuerno en 1900?), generaría la forma actual:

“Ves, ves al cuerno en les tehues tonteríes” (Haro, M.: Hia que tindre carácter, 1925)

En español parece que no se popularizó la expresión hasta bien entrado el siglo XIX:

"vete al cuerno con tus terminachos" (Pérez Galdós: Torquemada en el purgatorio, 1894)

## **Conclusión**

Lo único incontestable de lo expuesto es la dificultad de rastrear los referentes culturales que originaron muchos de los modismos que usamos en el lenguaje común. En el caso de "perder un tornillo" hay que agradecer la racional teoría expuesta por la profesora Gala Pellicer, totalmente compatible con el origen renacentista o manierista de "perder un tornillo" por parte de un caballero en un torneo, fuera cruento o galante. El orgullo mancillado o la herida causada podría hacer perder la cabeza o la razón momentáneamente al noble más comedido. En realidad, el modismo señalaba un fallo de la industria artesanal de los fabricantes de arneses, actividad que, desaparecida con el advenimiento de la Ilustración y la Revolución Industrial, produciría un lento cambio semántico hasta convertir la frase en la crítica metáfora que usamos todos.